

Estar solo en el campo, estar solo en la ciudad

Being alone in the countryside, being alone in the city

José Antonio Cerrillo Vidal

Universidad de Córdoba
joscerrillo@yahoo.es

Resumen. La sociedad contemporánea produce aislamiento en una escala superior a cualquier otra en la historia. En el medio urbano, por la progresiva extinción de cualquier vínculo no productivo. En el medio rural, por el imparable proceso de despoblación que acompaña a la modernización de la producción agroganadera. Ahora bien, la soledad no es lo mismo que estar solo. La soledad es un estado subjetivo ante la situación objetiva de la pérdida de relaciones. Hay numerosas variables que median en la forma en la que la soledad se expresa en la vida de una persona. En este artículo se explora, apoyándonos en dos ensayos de referencia, la forma en la que el espacio influye en la soledad. Nuestra hipótesis es que en la ciudad la soledad tiene el efecto paradójico de buscar la conexión con otros que se encuentren en una situación similar, mientras que en el campo se acepta de forma resignada, permaneciendo anclada al medio.

Palabras clave. Soledad; síndrome de hipervigilancia; diferencias rural-urbano; expresión espacial de las relaciones sociales.

Abstract. Contemporary society produces isolation on a scale greater than any other in history. In urban areas, due to the progressive extinction of any non-productive bond. In rural areas, due to the unstoppable depopulation process that comes with the modernization of agricultural and livestock production. Nonetheless, loneliness is not the same as being alone. Loneliness is a subjective state associated with the objective loss of relationships. Several variables mediate the way loneliness expresses itself in a person's life. Based on two reference essays, this paper explores, the way space influences loneliness. Our hypothesis is that in the city loneliness has the paradoxical effect of looking for a connection with others who are in a similar situation, while in the countryside it is accepted with resignation, remaining embedded in the environment.

Keywords. Loneliness; hypervigilance syndrome; rural-urban differences; spatial expression of social relationships.

Formato de citación. Cerrillo Vidal, José Antonio (2021). Estar solo en el campo, estar solo en la ciudad. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 11(1), 9-23. http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/cerrillo_vidal

Recibido: 29/03/2021; **aceptado:** 9/05/2021; **publicado:** 5/05/2021
Edición: Almería, 2021, Universidad de Almería

Lo que ansiamos saber no es tanto en qué difiere un asentamiento de 2.500 habitantes respecto a otro de 2.499 individuos, ni siquiera en qué se distingue un tipo de asentamiento humano –en tanto que asentamiento– de otro, sino más bien cómo un modo de asociación humana que puede relacionarse estrechamente con un tipo de asentamiento humano condiciona los comportamientos y los problemas.

Louis Wirth, (en Martínez Gutiérrez, 2014, p. 168).

Louis Wirth insistió hasta el final de sus días en la importancia de no aceptar acríticamente los tópicos sobre los que suele establecerse la división entre la ciudad y el campo. Por el contrario, afirmaba Wirth, es preciso profundizar en cómo un tipo de asentamiento tiende a fomentar una forma de ver el mundo y un tipo determinado de conducta en los seres humanos que lo habitan (Martínez Gutiérrez, 2014). O por decirlo más claramente, en las diferencias cualitativas entre el modo de vida rural y el urbano. En esa misma tarea seguimos enfrascados casi siete décadas después del fallecimiento del gran sociólogo norteamericano.

La lectura de dos ensayos editados recientemente en España me sugirió un elemento de análisis relativamente poco tratado a la hora de indagar en la fractura entre lo rural y lo urbano: la soledad. En el primero de ellos, la escritora Olivia Laing (2016) cuenta cómo se vio repentinamente abandonada en la ciudad de Nueva York. Buscando consuelo a su soledad sobrevenida, Laing encontró que algunos de los mayores artistas de la Gran Manzana habían hallado su inspiración en una sensación de aislamiento muy similar a la que ella misma estaba experimentando. El segundo libro es obra de la periodista y antropóloga Virginia Mendoza (2017). Se trata de un trabajo híbrido entre la etnografía, el reportaje periodístico y el libro de viajes, en el que Mendoza entrevista a varias personas que viven aisladas en pequeños pueblos

españoles a punto de desaparecer. Para estos supervivientes del éxodo rural, quedarse hasta el final en sus localidades de origen ha sido su particular rebelión, siempre según la autora.

Llama la atención dos formas tan antitéticas de experimentar un mismo sentimiento. La soledad urbana, y Laing deja bien claro que se refiere sobre todo a la ciudad desde el título mismo de su libro, invita a interrogarse por otros que hayan vivido una experiencia parecida y que, obviamente, la hayan plasmado de algún modo. Es decir, persigue identificación, conexión con un otro desconocido. Y, de algún modo, fomenta la creatividad. La soledad rural parece muy distinta: no aspira a reconstruir relaciones, solo busca permanecer. Me quedo, pese a que los demás se han ido. Me quedo solo porque no quiero seguir el camino de los que partieron.

En este artículo me propongo explorar un poco más esta diferencia entre la soledad urbana y la soledad rural, interrogándome sobre sus posibles orígenes y la relación que pueda existir entre las distintas reacciones ante el aislamiento y el espacio en el que se insertan los sujetos que las experimentan. Me pregunto, en definitiva, si la soledad puede iluminar un poco más nuestro conocimiento de las diferencias entre lo rural y lo urbano. Para ello, me valdré principalmente de los libros de Laing y Mendoza, pero emplearé también otros textos e imágenes que considero contribuyen a ampliar y mejorar la reflexión.

La soledad era esto

Como recordaba no hace mucho Fernando Broncano (2020), una de las grandes características del mundo contemporáneo es la producción industrial de soledad: la progresiva pérdida de todo vínculo que no sea funcional a las cadenas de valor, que llena las ciudades de individuos aislados mientras vacía el mundo rural. Precisamente las dos soledades de las que se ocupan Laing y Mendoza en sus respectivos ensayos. El aislamiento del hombre moderno es, por supuesto, uno de los temas clásicos de las ciencias sociales. Ahora bien, casi siempre se ha considerado desde la perspectiva de la destradicionalización, es decir, el desanclaje del individuo del denso entramado relacional propio de las sociedades preindustriales. O, a lo sumo, desde la posibilidad de reconstrucción del vínculo social en las nuevas condiciones impuestas por la urbanización e industrialización, como trataron, por ejemplo, Durkheim (2001) y Raymond Williams (2001) desde puntos de vista muy diferentes.

Mucho menos atención ha recibido¹, sin embargo, la *experiencia* de la soledad en la vida moderna. Cómo sienten, piensan, actúan las personas solitarias. Qué tipo de decisiones adoptan, qué les impulsa, qué les atenaza. Y sobre todo, ¿*se sienten solas todas las personas que están solas*? La expresión ‘no es lo mismo estar solo que sentirse solo’ ha hecho fortuna en la psicología folk de nuestro tiempo, no hay más que buscarla en Internet para comprobar la profusión de entradas que la incluyen. Pero no por ello resulta menos trascendente, ni deja de plantear cuestiones centrales para el estudio de la soledad.

A menudo, la teoría social ha considerado que los grandes procesos macrosociales generan de forma unilateral efectos, casi siempre perniciosos, en los individuos. Pero no siempre es así. Con frecuencia, las personas demuestran una asombrosa capacidad para dar sentidos nuevos e inesperados a los objetos y los entornos, reapropiándose en beneficio propio (Cerrillo Vidal, 2009). De manera similar, la pérdida de vínculos asociada a la modernización no tiene por qué generar solo un aislamiento patológico. Al contrario, la relativa anonimidad de las grandes ciudades es una clave de su dinamismo y un elemento atractor para la inmigración rural tanto o más importante que la promesa de prosperidad económica, como recientemente recordaba Suketu Meta (2017).

Entonces, ¿qué es la soledad? Robert S. Weiss, en su clásico estudio (1973) –citado, por cierto, por Laing (2016, pp. 28-31)–, defendía la existencia de dos clases distintas de soledad. Por una parte está la soledad *emocional*, definida por la sensación de incapacidad para mantener un vínculo íntimo significativo con otra

¹ Me refiero desde luego a las ciencias sociales, no a la narrativa y las artes, que sí se han ocupado profusamente de esta cuestión.

persona. Weiss ponía como ejemplo a viudas que habían perdido a sus parejas y sentían un vacío que otras relaciones (hijos, amigos, etc.) no conseguían llenar. Por otro lado, la soledad *social* refiere a las dificultades para integrarse de forma efectiva en el entorno, como los recién llegados a un vecindario, que no logran encajar con sus nuevos vecinos. Como puede observarse, en ambos casos la soledad no es tanto una situación definida por la carencia práctica de vínculos, como un *estado emocional* por el que la persona se siente desconectada de los demás. En otras palabras, no es tanto la ausencia de relaciones como la dificultad para crear nuevos vínculos o mantener los existentes.

No obstante, que la soledad sea subjetiva no implica que sea *voluntaria*, ni que necesariamente haya de achacarse a características psicológicas del agente. En primer lugar, porque existen condiciones objetivas, o al menos independientes de la voluntad individual, que refuerzan el aislamiento y obstaculizan el contacto con otras personas, como pertenecer a colectivos discriminados o estigmatizados. Pero, incluso cuando no existen tales condicionamientos negativos, o son más leves, la soledad es un estado que afecta a las relaciones y tiende a incrementar la exclusión de la persona que la padece. En efecto, las personas solitarias suelen verse afectadas por lo que los psicólogos conocen como *síndrome de hipervigilancia* (Weiss, 1973 20-21): la tendencia a adoptar un permanente estado defensivo en las interacciones, por el que se sobredimensionan las experiencias negativas y se minimizan las positivas, contribuyendo a que los solitarios desarrollen una visión del mundo cada vez más pesimista y desconfiada. De esta forma, sus interacciones se vuelven más agresivas y recelosas, lo que a su vez provoca el rechazo en los demás y su alejamiento de la persona solitaria. Un círculo vicioso por el que estas personas se ven progresivamente más aisladas del entorno, y más incapaces de revertir su estado.

Varias investigaciones contemporáneas han confirmado ampliamente las pioneras tesis de Weiss. Así, se ha corroborado empíricamente que la soledad *se contagia* a través de las redes sociales². Las personas solitarias no solo ven reducidos sus vínculos con los demás miembros de su red, sino que contribuyen a que el conjunto de vínculos de la red se debilite (Cacioppo et ál., 2009; Cacioppo y Hawkey, 2009). Los sujetos más cercanos a la persona solitaria sienten que su socialidad se empobrece, lo que hace que a su vez se sientan más solos. La soledad va así expandiéndose de forma paulatina desde los vínculos periféricos de la red.

Por otra parte, numerosos estudios han constatado que la percepción de la soledad y las estrategias para afrontarla varían en función de la cultura (Heu et ál., 2019; Ozawa-de Silva y Parsons, 2020; Rokach et ál., 2001; van Staden y Coetzee, 2010), la edad (Victor y Yang, 2011; Yang y Victor, 2011), la clase social (Tigges et ál., 1998), o el género (Borys y Perlman, 1985; Cramer y Neyedley, 1998; Nicolaisen y Thorsen, 2014) entre otras variables. Como suele suceder, distintos factores pueden articularse para generar efectos agregados, intensificando la sensación de aislamiento en el individuo (Barreto et ál., 2021; Cohen-Mansfield et ál., 2016; Fokkema et ál., 2011; Lasgard et ál., 2016).

En definitiva, la soledad es un fenómeno complejo. Hasta cierto punto es objetiva, pero tiene un fuerte componente subjetivo. Es un estado, pero a la vez un proceso que tiende a intensificarse. Es individual, pero se transmite, y puede generarse de forma colectiva. Tiene características universales, pero diferentes dimensiones influyen para predisponer más a unas personas que a otras, y para que se interprete y afronte de formas distintas. Así, determinadas circunstancias pueden contribuir a que algunas personas se sientan solas, ya sea porque se ven incapaces de mantener una relación íntima significativa, o porque no logran integrarse normalmente en su entorno. Cuando la persona se ve afectada por la soledad, su conducta y su relación con los demás pueden verse seriamente afectadas, contribuyendo a aumentar su aislamiento. Salir de este círculo vicioso no resultará sencillo, ya que la persona solitaria ve muy deteriorados sus vínculos, genera escasa empatía en el entorno, tiende a encerrarse cada vez más en sí misma y a consolidar una percepción negativa y desconfiada de la realidad. Serán también las características concretas del individuo

² Entiéndase aquí red social en su acepción científico-social y no como las aplicaciones informáticas que han colonizado el término en el lenguaje cotidiano.

las que harán que experimente este proceso de diferente manera y con diferente intensidad, las que harán más o menos probable que reconecte con su entorno y le orientarán más hacia unas estrategias u otras para afrontar su situación.

Volvamos ahora al principio. El espacio es, desde luego, uno de los factores que influyen en la soledad. Como ya se ha dicho, la modernización ha producido soledad a una escala nunca vista en la historia humana³. En las ciudades, por la acumulación de individuos desarraigados, desconectados de las relaciones fuertes típicas de las sociedades tradicionales, cada vez más reducidos a productores de valor agregado. En el campo, por el progresivo despoblamiento, que va reduciendo inexorablemente el peso del mundo rural y haciendo desaparecer culturas y modos de vida centenarios. Siguiendo el modelo propuesto más arriba, podemos decir que tenemos unas condiciones objetivas para la soledad. Exploraremos ahora si el espacio incide también en que esa pérdida material de vínculos se traduzca en modos distintos de concebir y afrontar la soledad.

Soledad urbana, soledad paradójica

Como ya se ha comentado, el origen de las indagaciones de Olivia Laing sobre la soledad urbana se encuentra en su propia experiencia. Profundamente enamorada, dejó atrás su vida en Inglaterra para mudarse a Nueva York con su amante. Sin embargo, la relación se deterioró con rapidez y terminó abruptamente. Sin conocer a nadie más en la ciudad, Laing se vio súbitamente abandonada, obligada a habitar un espacio cargado de malos recuerdos y promesas incumplidas, mientras ahorra para pagar el billete de regreso. Inmediatamente comenzó a sentir ese aislamiento profundo y radical que hemos identificado en el apartado anterior. Deseaba encontrar consuelo, pero no pudo hallarlo al verse atenazada por un inmenso miedo al rechazo. Desesperada, empezó a culparse a sí misma por su situación. La depresión sobrevenida afectó incluso a su salud y su físico.

Incapaz de conectar con los demás, encontró alivio en aquello que constituía su oficio, la crítica cultural. Recurrió a textos e imágenes que expresaban su angustia y frustración mejor de lo que ella misma podía hacerlo. Intrigada por la manera en que estas obras describían su propia experiencia, decidió profundizar en las vidas de los artistas que las habían producido. Y descubrió que, efectivamente, la mayoría de ellos habían sufrido situaciones de aislamiento muy similares a la que ella estaba experimentando, y que estas habían resultado una potente inspiración para sus obras⁴.

Andy Warhol es sin duda el caso paradigmático. Como es bien sabido, fue un niño tremendamente solitario. Hijo de inmigrantes eslovacos, homosexual, afectado por una extraña enfermedad nerviosa que además le provocaba problemas de pigmentación en la piel, y que le tuvo postrado en una cama durante una parte importante de la infancia. Creció consumido por la vergüenza, el miedo y el deseo de ser amado. Su obra, que en su caso tiende a confundirse con su propia vida, oscila entre la desmesurada necesidad de atención y el deseo de pasar desapercibido, de esconderse, de ser cualquiera. Sus famosas series sobre iconos pop y productos de consumo (latas de sopa Campbell, botellas de Coca-Cola, etc.) sintetizan brillantemente ambos impulsos: son objetos estandarizados, repetibles hasta el infinito, anónimos, y a la vez únicos, bellos, estéticos. A Warhol le fascinaba lo marginal, lo oscuro, literalmente la escoria de la sociedad, como enarbola su conocido manifiesto SCUM, pero a la vez contribuía a sacar a aquellos artistas de las sombras y mostrarlos a la luz del gran público. Durante décadas sus factorías tuvieron las puertas abiertas, atrayendo a multitud de aspirantes a artistas. Nunca estaba solo, rodeado permanentemente de un séquito de admiradores, y a la vez rehuía constantemente el contacto. Precisamente quería estar rodeado de gente para poder desaparecer, borrarse en ellos. Una vida y una obra marcadas al mismo tiempo por la fascinación y el rechazo a la soledad.

³ Algunos autores plantean incluso que la soledad es, de hecho, un producto moderno (Bound Albert, 2018).

⁴ Con la parcial excepción de Edward Hopper, referencia inexcusable al hablar de la representación pictórica de la soledad contemporánea, pero que sorprendentemente nunca admitió que esa hubiera sido una motivación consciente de su obra. Laing (op. cit., 43-44) interpreta, tal vez un tanto voluntariosamente, que esta indefinición de Hopper es una muestra de las dificultades de transmitir o representar un sentimiento paradójicamente –de nuevo la paradoja– tan compartido como es la soledad.

En realidad, todos los nombres que Laing trae a colación en su libro son ejemplo de esta conflictiva relación del arte con la soledad urbana. Los paralelismos entre ellos son claros. Casi todos padecieron infancias traumáticas, durante las que fueron abandonados o fuertemente discriminados, lo cual les marcó de por vida. Encontraron en las grandes ciudades, sobre todo Nueva York, un escenario que a veces ilustraba su soledad, y a veces la amplificaba; no obstante, también es el espacio en el que muchos hallaron fama, comprensión, sentido y una suerte de comunidad, o al menos de intimidad, que les había sido negada en el pasado. Por último, todos volcaron en sus obras la amargura de sus experiencias con la soledad y la marginación, ya fuera como escape ficcional a una cotidianidad gris (caso de Henry Darger, cuyo trabajo no fue descubierto hasta después de su muerte), ya como forma de que otros en su misma situación se sintiesen un poco menos solos y alienados, como intentaba hacer David Wojnarowicz. De un modo u otro, todos ellos se vieron arrojados a los infiernos de la soledad, y eso les empujó a la búsqueda de consuelo, reconocimiento y reconexión a través del arte. Lo mismo que le sucedió a la propia Laing.

¿Es posible que estas particulares reacciones a la soledad tengan que ver con la naturaleza misma de la vida urbana? ¿Da la ciudad una forma característica a la soledad? Mi hipótesis es que así es. La ciudad es en sí misma un espacio contradictorio y ambiguo, e imprime a sus habitantes una vida psicológica conflictiva, inconexa, permanentemente tensionada entre opciones opuestas. Si la vida urbana es paradójica de por sí, cabe esperar entonces que la soledad urbana también lo sea. Profundicemos sobre ello.

Laing abre su libro con una imagen algo gastada, pero no por ello menos poderosa y sugerente. Una persona sola, mirando por la ventana de un piso alto, observando cientos de otras ventanas iguales a la suya. Abajo, en la calle, una masa de peatones y vehículos en movimiento perpetuo. Se ven pequeños, como si fueran juguetes, tan cercanos y a la vez tan lejanos. Como ese plano de *Lost in Translation* (Sofía Coppola, 2003), en el que una joven y apenas vestida Scarlett Johansson admira impotente la vasta magnitud del skyline de Tokyo desde su habitación de hotel. Decenas de miles de personas concentradas en un espacio relativamente escaso, próximas físicamente, pero aisladas entre sí: la muchedumbre solitaria. Una de las grandes contradicciones de la vida moderna.

La soledad urbana es en sí misma una gran paradoja. Cuanto más grande y poblada está la ciudad, más solos se encuentran sus habitantes: la cotidianidad se vuelve más compleja, las distancias más largas, los ritmos de vida más exigentes, lo que dificulta mantener el contacto; el volumen y el tamaño de las poblaciones complica el establecimiento y permanencia de comunidades, obstaculiza el control recíproco, y por tanto fomenta el desapego y la individualización. Cuantas más personas hay a tu alrededor, más difícil es encontrar un vínculo significativo con ellas.

La atomización del individuo en la vida urbana tiene un segundo efecto paradójico: impulsa al mismo tiempo el deseo de pasar desapercibidos y el de llamar la atención, como le sucedía al propio Warhol. En la ciudad estamos expuestos ante la mirada de los otros, de cientos, miles de ojos con los que nos cruzamos cada día, y nos aislamos tratando de evitarla⁵. Mas luego la echamos de menos al sentir la punzada de la soledad, la buscamos intensamente, tratamos de captarla desesperadamente. Pero no

⁵ La dialéctica entre la sobreexposición y la anonimidad en la vida urbana tiene otra manifestación en el *voyerismo*, la fantasía de poder ver a los otros mientras se permanece invisible a la mirada ajena. Es un tema recurrente en la ficción contemporánea, especialmente en el cine, por ser un medio en el que la imagen es central, y por el obvio paralelismo del voyeur y el espectador ante la pantalla. El voyeurismo ha sido tratado en películas como *La Ventana Indiscreta* (Alfred Hitchcock, 1954), *El Fotógrafo del Pánico* (Michael Powell, 1960), *La Conversación* (Francis Ford Coppola, 1974), *Doble de Cuerpo* (Brian de Palma, 1984), *Sliver* (Phillip Noyce, 1993), *El Show de Truman* (Peter Weir, 1998), *American Beauty* (Sam Mendes, 1999), etc.

siempre llega, o lo hace en modos inesperados, incluso indeseados. Lo que a su vez motiva que volvamos a retraernos, hasta que el ciclo recomienza⁶.

Ya Simmel (2001) señaló a comienzos del siglo XX que los habitantes de las ciudades se ven desgarrados por las fuerzas contradictorias de la estandarización y la individualización. La ciudad es el gran artificio, el espacio propiamente humano, el monumento al esfuerzo de nuestra especie por imponerse al caos, a lo exterior, a la naturaleza y sus ritmos. Es el espacio en el que, no por casualidad, nacieron la escritura, las matemáticas, la moneda, los archivos: instrumentos nacidos de la necesidad de ordenar, clasificar, tener el control. Es, por tanto, la cuna de la racionalización y potencialmente también de la cosificación que con frecuencia esta lleva aparejada. Lo cual también se refleja en la psique de los que la pueblan. En efecto, la diversidad de estímulos a los que el urbanita se enfrenta a diario, dado el tamaño y la pluralidad de la ciudad, es cognitivamente demasiado exigente. Se impone la reducción de la complejidad, de ahí que la racionalización y cuantificación sean consustanciales a la ciudad. En parte es también la causa de la indiferencia y la distancia emocional típicos de los residentes en ciudades, y que tanto aterran a los que no viven en ellas, acostumbrados a relaciones que exigen una mayor implicación, para bien y para mal.

Por otro lado, este peso de la cultura objetiva y objetivadora en la ciudad provoca que los individuos se retraigan a su subjetividad buscando escapar, diferenciarse, ser originales, dejar su propia huella en los demás. Es una de las principales razones por las que en la ciudad abunda la innovación, la espectacularidad, la anomalía, la permanente creación de subculturas. Así, en el tejido urbano conviven y confluyen ambas tendencias, al orden y la entropía, la homogeneización y la diferenciación, la planificación y la subversión, la normalización y la desviación. Cada ciudad encuentra, debe encontrar, su propio equilibrio entre ambos procesos.

Finalmente, la ciudad impone a sus habitantes una conciencia dual: la del conjunto y la de las unidades más pequeñas que lo componen. Como toda empresa humana, una ciudad proyecta una imagen, un autoconcepto, un relato, una identidad. Pero las ciudades son demasiado grandes y voluminosas como para que cualquier idea de sí mismas pueda incluir por entero sus realidades fragmentadas y diversas. Siempre quedarán fuera, ocultas, marginadas o directamente excluidas, partes de la ciudad que no se ajustan al retrato dominante. Y que por eso mismo crean distorsiones a evitar, constituyen discordancias que conviene silenciar. Por eso las ciudades son también escenario de una permanente guerra civil soterrada, entre el centro y los barrios, la ciudad industrial o comercial y la ciudad residencial, las zonas gentrificadas y las degradadas. El esplendor luminoso de las grandes avenidas y los centros de gobierno, frente a los oscuros misterios de los arrabales, donde viven los otros, los sucios, los criminales. Las tranquilas urbanizaciones de casitas adosadas del área metropolitana, frente al bullicio y el peligro de los centros históricos y los barrios obreros. Con distintas formas y configuraciones, el conflicto entre el todo y la parte, o más precisamente entre quienes dictan qué es la ciudad y quiénes no encajan en esa definición, es otra de las constantes de la historia urbana.

Esta división característica de la ciudad tiene igualmente reflejo en la mente de sus residentes. Por eso, el urbanita ama y a la vez odia su ciudad, del mismo modo que quiere al tiempo que desprecia su barrio. Como el Pijoaparte, el antihéroe protagonista de la novela *Últimas Tardes con Teresa*, de Juan Marsé (1965).

⁶ En uno de los capítulos finales de su libro, Laing (op. cit., pp. 195-224) explora la interacción por Internet, a la que también se enganchó durante su solitaria estancia en Nueva York, como una prolongación e intensificación de la propia vida urbana. En Internet se sublima la posibilidad de ver sin ser visto, y también su opuesto, la necesidad de ser mirado y despertar el interés y la atención ajenos. Un público potencial de millones de personas ante el que puedo exhibir cualquier momento de mi vida mediante fotos, vídeos, comentarios, etc. Con la ventaja añadida de eliminar el contacto físico, sucio, contaminante, potencialmente peligroso. Lo cual nos devuelve a la paradoja: gracias a Internet estamos más conectados que nunca, y sin embargo también nos encontramos más separados de lo que jamás hayamos estado.

En este punto cabría preguntarse por el efecto de la actual pandemia en estas tendencias, tan centrales para la vida social en el siglo XXI. Una vez el confinamiento en nuestros hogares y la sustitución de las interacciones físicas por las virtuales han dejado de ser una opción, para convertirse en una obligación, ¿se acelerará nuestra necesidad de captar la atención ajena por cualquier medio como forma de paliar nuestra soledad?, ¿o, por el contrario, volveremos a poner en valor las interacciones cara a cara? La respuesta a estas cuestiones es pura especulación a día de hoy, y en cualquier caso excede con mucho los objetivos del presente texto.

Hijo de inmigrantes murcianos en la Barcelona de los sesenta, desea seducir a una hija de la vieja burguesía catalana como forma simbólica de conquistar la propia ciudad y ascender socialmente. Rechaza la miseria –material y cultural– de la que procede, sin dejar de odiar el ambiente burgués al que aspira. O *The Warriors*, la banda juvenil que protagoniza la película homónima de Walter Hill (1979). Falsamente acusados del asesinato del caudillo de la delincuencia juvenil de Nueva York, se verán obligados a volver a Coney Island desde el Bronx, atravesando la ciudad entera, perseguidos por las restantes bandas. Cuando finalmente consiguen llegar a su hogar, sanos y salvos, contemplan desolados el feo paisaje de calles sucias y casas ruinosas. “Hemos luchado toda la noche para volver a esto... quiero largarme de aquí”, se lamenta el líder de los Warriors. “Nosotros somos la ciudad”, se había dicho antes en la misma película; “este es nuestro territorio”, se dirá en la escena final en las playas de Coney Island. Tanto el barrio como la ciudad en su conjunto inspiran alternativamente sentimientos de pertenencia y de rechazo, son percibidos a la vez como refugio y como espacio hostil.

En definitiva, la ciudad es un espacio paradójico en sí mismo, que en consecuencia imprime en sus habitantes una conciencia contradictoria, desgarrada entre tendencias contrapuestas. A la vez masificada e individualizada, espacio del anonimato, pero también llena de personas ansiosas por llamar la atención de los demás, origen de la racionalización normalizadora y de la innovación que la trasgrede, consciente de ser un todo sin dejar de estar irremediabilmente segmentada. La ciudad es una enorme paradoja, una grandiosa contradicción. Tal vez ese sea el secreto de su vitalidad, de esa energía tan peculiar que la hace tan atractiva como repulsiva, que inspira tanto como agota. La vida en la ciudad es un caos controlado, y obliga a sus habitantes a enfrentarse a la diversidad y el desorden, como acertadamente apuntase Richard Sennett (2002).

Y como la ciudad y la vida urbana son paradójicas, su soledad también lo es. Por supuesto, el espacio urbano fomenta la individualización, el anonimato, la pérdida de vínculos fuertes respecto al mundo tradicional. En este sentido, produce sistemáticamente individuos solitarios. Ahora bien, siendo un espacio que induce a la contradicción permanente, muchas personas que se sienten solas en la ciudad no lo están mucho tiempo. Quizá precisamente porque intuyen que hay otros como ellos, que hay alternativas, que es posible mirar con otros ojos, que el estado opuesto al suyo existe y puede alcanzarse. Algunos vuelcan su frustración hacia fuera, la hacen pública, creando obras que la reflejen, afirmando su originalidad y diferencia, pidiendo a gritos el amor y atención que no consiguen de formas más tradicionales, como los artistas que Olivia Laing repasa en su libro. Otros, puede que menos creativos, se limitan a buscar a tientas, a explorar en las experiencias ajenas una guía que les haga sentirse menos solos, como la propia Olivia Laing. Es posible que unos y otros se acaben encontrando, que funden nuevas comunidades, soledades que dejan de serlo al cruzarse, que reconstruyen vínculos. Este no deja de ser el origen de muchas subculturas firmemente asentadas en el paisaje de nuestro tiempo. Todas ellas estuvieron compuestas en sus inicios de unos pocos individuos que se sentían distintos, que no encajaban, que compartían la vivencia de estar al margen, de la soledad, en fin.

Por todo ello podemos arriesgar la hipótesis de que, al contrario de lo que solemos pensar, en la ciudad, la soledad es menos duradera, más susceptible de ser reconducida. El espacio urbano atomiza, pero también invita a la reconexión. Como veremos a continuación, la soledad rural resulta muy diferente.

Soledad rural, soledad resignada

La cuestión de la despoblación rural, los inmensos desequilibrios territoriales y la violencia y velocidad con la que España pasó de ser un país primordialmente campesino y tradicional a otro urbano y global constituye uno de los debates más vivos e interesantes de los últimos años. Un ensayo de enorme éxito, cuyo título ha calado con fuerza en el imaginario popular como diagnóstico de la problemática, fue el responsable de poner la cuestión en el centro del debate público. Nos referimos, claro, a *La España Vacía*, del periodista Sergio del Molino (2016). Es cierto que la preocupación por la crisis del medio rural español

ha sido constante desde hace décadas, pero no es menos cierto que hasta fechas recientes resultaba minoritaria y solo esporádicamente ha ocupado un lugar de peso en la vida política y cultural del país. Del Molino ha sido quien más ha contribuido a convertirlo en un tema de máximo interés nacional. Pero no ha sido el primero, ni ha estado solo en este esfuerzo. Todo lo contrario, en los últimos quince años ha habido un auténtico boom de obras, tanto de ficción como de no ficción, que trataban la desaparición del modo de vida rural en amplias extensiones del país⁷. Parece pues, que el problema flotaba en el *zeitgeist* de la época, y que su emergencia en la cultura española contemporánea presenta un marcado componente generacional.

El ensayo de Virginia Mendoza representa un ejemplo típico de esta tendencia⁸. Como en otros libros de la misma hornada, la autora reconoce que la motivación principal para comenzar su investigación fue ajustar cuentas con sus propios orígenes rurales. Mendoza creció en Terrinches, provincia de Ciudad Real, un pequeño pueblo en el que residió hasta los doce años. Afirma que tuvo una infancia feliz y que tenía razones para quedarse (Mendoza, 2017: 6-8). Pero el hecho es que se fue. No aclara los motivos, pero no es difícil sospechar que fueron los mismos que para tantos otros: la falta de oportunidades. Tampoco es arriesgado suponer lo que sucedió después, la promoción social a través de los estudios universitarios y el olvido progresivo de la vida en el pueblo. Fue el fallecimiento de sus abuelos lo que le abrió los ojos al problema de la desaparición del modo de vida rural. Y, en última instancia, lo que motivó su investigación: registrar el testimonio de personas que eran los últimos habitantes de sus respectivos núcleos rurales. Personas que representan el ejemplo extremo de la actitud que también fue la de sus abuelos: permanecer mientras todos los demás se marchan.

El libro, como tantos otros antes, subraya la conexión con el hábitat natural como la principal característica de ese modo de vida rural en declive. Uno de sus entrevistados, un pastor de Esperia (Huesca), de nombre Ángel Luis, resume esta actitud en una frase muy plástica: “Pues para mí esto es como ser un buixo, un boj, una planta. A mí me gusta y tengo mi lengua. Fuera de aquí estoy desplazao. Lo primero es esto.” (Mendoza, 2017, p. 22).

Convertirse en planta, echar raíces, fijarse al terreno. La metáfora es tan obvia como potente. El pueblo como una extensión del medio natural, sus habitantes están tan integrados en él que son como otra especie que contribuye a su delicado equilibrio, no muy distintos a los demás animales y plantas. Y al igual que los animales y las plantas, si se extirpa a la persona de su pueblo, se ve desnaturalizada, fuera de lugar. Pierde su sentido. Se ve inmerso en un medio en el que carecen de utilidad sus recursos, sus conocimientos, todo aquello que supone una ventaja evolutiva y que solo cobra sentido en su pequeño trozo del mundo.

Pero es que, además, la tierra provee de todo aquello que la persona necesita, material y espiritualmente. El producto de la huerta, el corral y la caza se bastan para alimentar el cuerpo, como el paisaje y la sencillez de costumbres alimentan el alma. El terruño es el mundo, el universo. Los entrevistados por Mendoza recuerdan así a Daniel el Mochuelo, el niño protagonista de la novela *El Camino*, de Miguel Delibes (1950). La novela reproduce los angustiados recuerdos de Daniel la noche antes de partir a la ciudad, obligado por su padre a estudiar y lograr así el ansiado ascenso en la escala social. Al rememorar su corta pero feliz vida, Daniel se percataba de que el valle en el que se encuentra su pueblo, el único lugar que ha conocido, tiene todo lo que necesita y desea.

Claro está, si el pueblo y sus habitantes forman parte del medio, entonces se mueven siguiendo sus ritmos. El ritmo de las estaciones y los ciclos de la naturaleza, pero también el de la evolución de las especies y el de los tiempos geológicos. Un tiempo lento, espeso. Por eso la vida en el pueblo es lánguida, requiere

⁷ Para un resumen sobre la literatura de la España Vacía, ver Losa (2019) y Llamazares (2017). Para el cine, Pagés (2020).

⁸ Otro ejemplo es *Los Últimos*, del periodista valenciano Paco Cerdá (2017), un ensayo prácticamente gemelo al de Mendoza en sus intenciones, resultados e incluso año de publicación. Ver también Gancedo (2015) y López Andrada (2017).

paciencia, minuciosidad. Para todo hace falta tiempo, no hay nada cerca, casi nada está a mano, toda actividad requiere esfuerzo, trabajo, remangarse y hacer las cosas uno mismo. Por eso también los cambios son imperceptibles. La sabiduría local, destilación de la práctica cotidiana de generaciones de vecinos del pueblo, es lo único que merece la pena aprender, porque contiene todo lo que hay que saber, o sea, todo lo que hace falta para vivir libre y feliz en ese pequeño mundo que uno habita. Las casas de piedra, construidas a mano, son la expresión espacial de esta voluntad de duración. Rústicas, pero firmes, confortables, pensadas para perdurar por siglos si hiciera falta, herencia que se traslada a los hijos perpetuando así el linaje.

Por supuesto, esta narrativa no deja de ser una intensa idealización del modo de vida rural. Como hace ya bastante mostrase Raymond Williams (2001), autor sorprendentemente –o quizá no tanto– poco citado por la corriente de textos neorruralistas de la que nos estamos ocupando, la reimaginación romántica del mundo rural y los lamentos por su crisis e inminente final constituyen un lugar común en la literatura europea desde al menos el final de la Edad Media. Sin negar que exista un importante componente de verdad en esta imagen idealizada del mundo rural, se trata de una abstracción que casi siempre oculta la dureza de la vida campesina y las profundas divisiones de clase que la atraviesan. Por no mencionar otros costes asociados a la vida cotidiana en el mundo rural, como el control comunitario de la acción individual, la escasez de oportunidades de ocio o de construcción de itinerarios biográficos alternativos, etc.⁹

Curiosamente, son a menudo los propios habitantes del mundo rural los que matizan el entusiasmo de Mendoza o Cerdá, como queriendo rebajar sus expectativas. Recuerdan, en primer lugar, sobre todo los que todavía sostienen algún tipo de explotación agrícola, que la vida en el campo supone un esfuerzo superior al de la vida en ciudad. “Esto es muy duro”, repiten de forma casi clavada varios entrevistados. “Yo esto no se lo deseo a nadie”, murmura Jesús, que vive aislado en un cortijo de la provincia de Jaén (op. cit., p. 91). “Ya te acostumbras [a estar solo]. Si te meten a ti ahora así de golpe, igual te mueres de pena”, explica a Mendoza el mismo pastor aragonés que se comparaba con una planta (Ibíd., p. 27). A ellos, apuntan, les compensa. No sabrían vivir de otro modo, suelen afirmar. “Sacarla de aquí es matarla”, comenta de su esposa Martín, un anciano habitante del pueblo turolense de La Estrella (Ibíd., p. 48). Y de la misma forma que para ellos no hay otra forma de vida posible, consideran que la suya no es vida para los demás. Sinforosa, la mujer de la que hablaba Martín, se muestra tajante cuando Mendoza le pregunta:

- ¿Les gustaría que viniera alguien aquí a vivir?

- No, porque no vendrán. No hay vida. (Mendoza, ibíd., p 52).

No hay vida. Las implicaciones de la frase para la propia identidad son terribles, puesto que implica reconocer que ella misma no ha vivido. O puede que entienda que su vida no es la vida de quien no ha nacido en el pueblo, de la inmensa mayoría, por tanto. Literalmente, dos categorías de vida distintas, incompatibles, sin transitividad posible entre sí. A ella la matarían si le obligasen a salir del pueblo, mientras que quien es de fuera moriría allí, como afirmaba el pastor de Esperia. Como especies incapaces de sobrevivir fuera de su hábitat natural. Sinforosa es todavía más contundente: “no vendrán”. La posibilidad de un retorno al campo directamente se niega. No tiene que ver con la voluntad, con querer o no querer. Simplemente no sucederá.

⁹ Asimismo, estas reconstrucciones idealizadas del mundo rural tienden a pensarlo suspendido en el tiempo, como si un mismo modo de vida hubiese permanecido inalterado durante siglos hasta que la tiranía de la industrialización empezó a relegarlo. Como si un pueblo español del siglo XXI, con sus carreteras, sus tractores y sus antenas repetidoras fuese algo comparable a uno del XIX.

Es cierto que Mendoza se cuida un tanto de una generalización abusiva de esta imagen congelada del mundo rural. Por ejemplo, el primer capítulo (Mendoza, op. cit., pp. 10-19) cuenta la historia del fotógrafo norteamericano Eugene Smith, quien en 1950 consiguió burlar al régimen franquista y realizar un reportaje sobre Deleitosa (Cáceres), que pretendía representativo de la miseria del agro español del momento. Mendoza se vale de esta historia para comparar la Deleitosa retratada por Smith y la actual, pero también la Deleitosa real de la imaginada por el fotógrafo.

Es probable que esta sea la razón por la que los entrevistados por Mendoza y otros autores casi nunca proponen la alternativa de un regreso masivo al campo. Con frecuencia critican la ciudad y el estilo de vida urbano, pero la vuelta al pasado no se suele contemplar como opción. Tal vez hayan sido ya testigos del fracaso de algunos neorrurales por adaptarse a la vida en el pueblo¹⁰. Sea como fuere, insisten en que el campo no es para todo el mundo. Ellos están acostumbrados, pero no todos podrán decir lo mismo.

Al respecto, una idea se repite de forma recurrente: la realidad del pueblo es el invierno. En verano muchos pueblos recobran algo de vida con la llegada de parientes y turistas con ganas de disfrutar de las vacaciones. Con ellos reabren algunos negocios y servicios que alivian las carencias del resto del año. Lo cual contribuye a crear en los visitantes una falsa imagen de la vida rural y sus posibilidades. El verdadero pueblo, insisten los entrevistados, es el del invierno. Y asociada al invierno, siempre la misma palabra: soledad. La cadena semántica se repite constantemente: pueblo real-invierno-soledad. El invierno, con los negocios cerrados, los servicios elementales a kilómetros y la amenaza de incomunicación allí donde el clima se extrema, representa la verdadera medida de la vida rural. “Los inviernos son muy duros, menos por el frío que por la soledad. No ver a nadie supone no tener una tienda donde comprar, no tener un bar donde tomarte una cerveza con gente, no tener un sitio de reunión. Y ya he visto unos cuantos estrellarse contra ese muro” (Cerdá, 2017, p. 150). Son palabras del alcalde de Maderuelo, en la provincia de Segovia, un político deseoso de atraer población a su agonizante municipio, pero tan consciente de la dificultad de hacerlo como otros entrevistados en las obras que estamos manejando. Los ciclos naturales rigen la vida del pueblo, sí. Pero de un modo muy diferente a como tendemos a imaginarlo.

En realidad, cabe insistir, en muy pocos de los testimonios recogidos por Mendoza o los otros autores se emplean palabras que podamos situar en el campo semántico de la elección. Como cabía esperar, cuando son preguntados por las razones para quedarse en sus pueblos, a menudo aparece de forma espontánea el discurso en defensa de lo rural, con sus tópicos sobre la conexión con la naturaleza y la comparación del saludable ambiente campestre frente al contaminado bullicio de la ciudad. Pero solo en los casos de neorrurales aparece la defensa activa del modo de vida rural como *opción* vital alternativa. Los nacidos en los pueblos, como mucho suelen hablar de *costumbre*, sobre todo para referirse a la soledad. A la soledad te acostumbras. Es decir, te adaptas, te haces. Pero no hay transformación, posibilidad de cambiar la situación. La soledad es el hecho incontestable, eres tú el que debe acomodarse a ella. Acostumbrarse, que además sugiere repetición, permanencia, tiempo largo. Los vecinos de los pueblos se han hecho a la soledad porque no conocen otra cosa. Han nacido y crecido con ella. Forma parte indisoluble de ellos mismos.

Y es que estas personas nunca quisieron ser los últimos vecinos de sus pueblos. No lo consideran un mérito, a veces ni siquiera una tragedia. Para la mayoría es algo que sencillamente ha sucedido. Casi como si el progreso les hubiese pasado por encima mientras hacían aquello que se suponía debían hacer, aquello para lo que habían nacido. Lo que por regla general también hicieron sus padres y abuelos. ¿Qué iban a hacer si no? No concebían siquiera que pudiese haber alternativa. Incluso cuando los demás se marcharon, incluso si ellos mismos pasaron un tiempo fuera.

Andrés de Casa Sosas, el protagonista de *La Lluvia Amarilla*, de Julio Llamazares (1988), la novela por excelencia sobre la despoblación rural en España, deja de hablarse con su hijo cuando este decide emigrar

¹⁰ Varios neorrurales entrevistados por Paco Cerdá (op. cit.: 145-50) coinciden en la necesidad de no idealizar el retorno al campo, en parte por los problemas materiales que entraña, pero sobre todo por la dificultad en ser aceptado por los naturales. Una de las entrevistadas, de origen estadounidense, lo resume con una imagen muy gráfica. Se mudó al pueblo atraída por la cantidad de espacio libre, trasunto del Salvaje Oeste. Con el tiempo empezó a ver el pueblo más bien como una bóveda en la que sus habitantes se encuentran encerrados y “todo lo que lanzas bajo esa enorme bóveda acaba volviendo a tí” (Ibíd, p. 45). Nótese la intensidad del cambio en el imaginario: de lo abierto a lo cerrado.

Por otro lado, la inadaptación al medio de los neorrurales comienza a constituir un pequeño subgénero literario en sí mismo. Por ejemplo, *Alabanza* (Alberto Olmos, 2014), *El Desorden que dejas* (Carlos Montero, 2016), *Un Amor* (Sara Mesa, 2020), *Un Océano para llegar a tí* (Sandra Barneda, 2020), *La Forastera* (Olga Merino, 2020), o en tono humorístico, *Un hipster en la España Vacía* (Daniel Gascón, 2020).

a la ciudad. Con él se marchaba la última esperanza para que permaneciese la casa familiar en Ainielle, el pueblo del Pirineo Aragonés donde los de Casa Sosas han habitado durante generaciones. El hijo de Andrés se negó a asumir su deber, a contribuir a que el linaje y el patrimonio familiar continuasen en pie. A ojos de Andrés, su hijo dejó de serlo en el mismo momento en que abandonó sus obligaciones familiares. Al no asumir la responsabilidad asociada a su parentesco, renunció a la relación de parentesco misma. Andrés, en cambio, se quedó hasta su muerte, como el último habitante de Ainielle. «Pero yo, Andrés de Casa Sosas, el último de Ainielle, ni estoy loco ni me siento condenado, salvo que sea estar loco haber permanecido fiel hasta la muerte a mi memoria y a mi casa» (Llamazares, 2013, cap. 17). Mientras su hijo se desentiende de todo un modo de vida, de un legado y una herencia, a cambio de un futuro incierto, Andrés permanece solo durante años mientras el pueblo que constituye todo su mundo cae en el olvido, desmoronándose juntos. El cuerpo como una continuación de la propia tierra. El compromiso con una tradición y unas raíces llevado hasta sus últimas consecuencias.

Sin tanta carga dramática, Pepe, el último vecino de Ballabriga, también situado en la provincia de Huesca, no muy lejos del propio Ainielle, resume así su vida:

Yo no tuve tiempo ni para casarme. Mi único hobby eran las ovejas. Los padres se quedaron aquí hasta el final y yo me tuve que quedar a cuidarlos. Estaba yo solo con cuatrocientas ovejas. Estoy aquí desde que nací; siempre he vivido en Ballabriga. (Mendoza, 2017, p. 67).

Nací aquí, siempre he estado aquí. Me gustaban las ovejas, eran mi hobby, dice haciendo una pequeña concesión al lenguaje contemporáneo. Su único hobby era también su tarea, su trabajo. Es decir, era casi toda su vida. Eso y la familia, cuidar de sus padres. Se tuvo que quedar a cuidar de ellos, nótese el imperativo. No hacerlo es impensable, no hubiera sido propio de un hijo. Y así se fueron echando encima los años, entre las ovejas y la familia, en el paisaje conocido e incorporado al propio ser. El terruño, la familia, los cultivos o, como en este caso, el ganado. Los tres vértices que hacen de lo rural algo más que un simple espacio, un modo de vida.

Los relatos de buena parte de los entrevistados por Mendoza y los demás autores coinciden en este punto. No entienden el quedarse en el pueblo como una decisión, sino como un proceso natural. Lo que resulta más bien extraño es lo que hicieron los demás, los que se marcharon. Obviamente, y como se ha visto, esta actitud está en buena medida relacionada con la construcción de la identidad en el mundo rural tradicional: la identificación casi completa, sin distancia al rol, con las obligaciones derivadas del parentesco, y con el hábitat en el que se inserta la comunidad a la que se pertenece. Sospecho de todos modos que hay otra razón, si se quiere más material, que explica esta permanencia asumida casi como un destino: la organización del trabajo.

Otra de las características centrales del modo de vida rural tradicional es su escasa división del trabajo. La mercantilización era muy débil en el agro español incluso en pleno siglo XX, como relatan la mayoría de los entrevistados por Mendoza cuando hablan de su infancia. Aún era costumbre la autoconstrucción de la vivienda, por ejemplo, y el mantenimiento de la misma seguía siendo una tarea casi exclusivamente familiar. En *La Lluvia Amarilla* se cuenta incluso cómo Andrés construye su propio ataúd, como hizo en el pasado con sus padres, y como hubiese esperado que su hijo hiciese con él mismo. Ni qué decir tiene, los cuidados eran responsabilidad exclusiva de la familia. Todo ello debía sumarse a la tarea principal del cultivo, el pastoreo o la alimentación y crianza del ganado. Apenas existían instituciones o empresas en las que poder delegar parte de esta ingente lista de labores imprescindibles para el sostenimiento y desarrollo de la vida. Estas debían ser asumidas casi por completo por los propios vecinos del pueblo. Lo cual suponía dedicar largas y agotadoras jornadas al simple ejercicio de la supervivencia. El trabajo llenaba la vida, con sus ritmos implacables y sus obligaciones impostergables, incluso aunque aún no estuviesen completamente sometidas a la cuantificación y racionalización propias del mundo moderno¹¹.

¹¹ Lo cual sucedía, cabe recordar, desde edades muy tempranas. Cuando Mendoza (2017, p. 41) pregunta a Victoria, una anciana que sobrevive sola entre los restos de una aldea soriana, por los lugares en los que jugaba cuando era niña, esta responde: “Ay, yo, hija mía. Cuando yo era chica jugaba poco [...] Yo y mi difunta madre llevábamos el campo, el ganao y la casa.”

Y si los días están llenos de trabajo, no queda tiempo para pensar en ninguna otra cosa, para proyectar alternativas, imaginar trayectos vitales distintos. Intuyo que esta es la razón por la que los entrevistados por Mendoza y los demás tienen la sensación de haberse quedado solos sin haberse dado cuenta. Como Pepe, el pastor oscense del que se habló anteriormente: me dediqué a las ovejas y a cuidar a mis padres. Y eso fue todo. Ya no tuve tiempo para nada más, ni siquiera para casarme. No pensar es, de hecho, lo que buscaba Jesús, el solitario habitante de un cortijo jiennense. Después de una juventud plagada de excesos que desembocó en un problema de salud grave que amenazó con terminar su vida, Jesús compró el cortijo en el que vive y se retiró del mundo. Mantenerlo ocupa todo su tiempo, y eso le aleja de las tentaciones del pasado (Mendoza, 2017, pp. 82-91). El trabajo interminable, fatigoso, exigente, es el mejor antídoto contra los malos pensamientos. También, claro, contra los buenos y los regulares.

Evidentemente, y como se ha comentado ya, los pueblos de hoy están muy lejos de ser los mismos en los que crecieron los ancianos que protagonizan los libros de Mendoza y los demás autores estudiados. La profesionalización y especialización es la norma de una economía desarrollada como la española. La agricultura y la ganadería se han industrializado, reduciendo sensiblemente la mano de obra necesaria para el mantenimiento de una explotación agrícola. Los habitantes del mundo rural disponen hoy de más y mejores servicios de los que han disfrutado nunca. No hay por qué edificar la casa con las propias manos, ni zurcir la propia ropa, y menos aún construir su propio ataúd, si no se desea. Mientras se disponga de recursos, el estado o el mercado proveerán de bienes y servicios.

Por lo menos hasta cierto punto. Porque, si bien el mundo rural disfruta hoy de más y mejores servicios de lo que nunca lo ha hecho, estos siguen estando mucho menos disponibles para sus habitantes que en las ciudades. Tienden además a concentrarse en las cabeceras de comarca, lo que obliga a los vecinos de los pueblos más pequeños a desplazarse, a veces en distancias más largas que las de las ciudades, si quieren disfrutar de los servicios más básicos: compra, educación, asistencia sanitaria, ocio, etc. De hecho, los pueblos más pequeños no solo no han ganado, sino que a menudo han *perdido* servicios. La escuela, los bares, las iglesias, instituciones que antaño vertebraban la vida del pueblo, van cerrando según la despoblación avanza, empujando aún más a sus vecinos a emigrar a pueblos más grandes, o condenándolos a una cotidianidad más incómoda, más esclava de los desplazamientos. El tiempo ganado por la división del trabajo se pierde así en las prolongadas esperas y largos trayectos en carretera. Cabe recordar aquí el insistente recordatorio de la dureza y soledad del invierno que hacían los entrevistados por Mendoza y los demás.

Otro tanto puede decirse del trabajo agrícola y ganadero. La innovación tecnológica ha aumentado espectacularmente la productividad de las explotaciones del primario. Lo cual ha provocado que solo un pequeño porcentaje de la mano de obra se emplee en este sector. Los que quedan, a cambio, deben administrar casi en solitario sus explotaciones para que sigan resultando rentables en un mercado mundializado. No son solo agricultores o ganaderos, sino empresarios que deben lidiar con normativas, planes de comercialización, seguros, contabilidad, etc. Y aunque existen servicios de apoyo (consultoras o asesorías, etc.) o estrategias de coordinación –como las cooperativas agrícolas– que pueden aliviar un tanto dichas cargas, no cabe duda de que la agricultura y ganadería contemporáneas constituyen actividades que siguen absorbiendo casi todo el tiempo de quienes se dedican a ellas.

No es por consiguiente descabellado pensar que el tiempo en la sociedad rural sigue experimentándose de forma bien distinta a cómo se hace en la ciudad. No tanto o no solo por resultar un tiempo lento, menos frenético que el de la ciudad, sino porque la vida rural sigue resultando más exigente que la urbana. La cotidianidad requiere más esfuerzo, el trabajo es más duro y absorbente, la soledad más profunda. El vecino de un pueblo debe invertir más tiempo y energías en su quehacer diario que el residente de una ciudad. En consecuencia, sigue siendo un modo de vida que deja al individuo menos margen de maniobra, también para construir su propia identidad, definir su propio trayecto vital. Es una forma de vida que implica y atrapa más al individuo. Quizá por ello los entrevistados por Mendoza y los otros autores siguen sintiendo que permanecer en el pueblo, quedarse hasta el final, no ha sido una opción, sino algo a lo que se han acostumbrado, algo que sencillamente ha sucedido. Pareciera que el modo de vida rural solo permite escoger entre permanecer y partir.

La soledad rural es entonces una soledad *resignada*. Una soledad asumida por los habitantes del campo como una consecuencia inevitable, aunque no deseada, de una evolución social que tiende a marginar el modo de vida al que están vinculados. No en vano, en las entrevistas de Mendoza y los otros autores es fácil detectar el síndrome de hipervigilancia que, como se mencionó más atrás, es una de las características más típicas de las personas afectadas por la soledad. Victoria, la anciana que reside entre las ruinas de una aldea soriana, despidió con agresividad a un equipo de periodistas que había venido a entrevistarla tan solo un día antes de que lo hiciera Mendoza. Jesús, el solitario habitante de un cortijo de Jaén, afirma que solo mantiene contacto con otra persona, Julio, un vecino del pueblo más cercano. Cuando Mendoza bloquea momentáneamente su paso, Sinforosa, la anciana vecina de La Estrella, le espeta sin demasiado tacto “somos dos y ya nos molestamos” (Mendoza, 2017, p. 52). La propia Mendoza lo reconoce: «No siempre son afables: el aislamiento prolongado causa estragos en las relaciones sociales y en el carácter» (Ibíd., p. 9). Cabe aquí citar una última vez *La Lluvia Amarilla*, que no deja de ser una larga proclamación del rencor que su protagonista siente contra el mundo, y en particular contra su familia y antiguos vecinos, por haberle abandonado. Como si tuviera que pagar por el pecado de hacer aquello que desde siempre entendió que era su deber, su destino, aquello que se suponía que tenía que ser, para lo que había nacido. Por mantenerse fiel al modo de vida rural. O, por emplear de nuevo sus propias palabras, a su casa y a su nombre.

Conclusiones

En estas páginas se ha esbozado la posible expresión espacial de la soledad, quizá el más humano de los sentimientos. Cabe subrayar doblemente la palabra esbozo. No ha sido intención de este texto proporcionar una interpretación cerrada y definitiva de la relación entre la soledad y el espacio. Todo lo contrario, se pretendía abrir un sendero en el que queda mucho por explorar, y más aún por cartografiar. Para ello harán falta estudios que aporten una evidencia más sólida y sistemática que la ofrecida aquí, y que puedan corroborar o desmentir lo que con toda prudencia solo hemos pretendido plantear como una serie de hipótesis sobre la forma en la que el espacio contribuye a moldear la experiencia subjetiva de la soledad.

Porque, cabe recordar una vez más, la soledad no es lo mismo que estar solo. Nuestra sociedad produce aislamiento a gran escala, pero los individuos no experimentan el proceso de la misma forma. Por el contrario, esta pérdida de relaciones sociales es percibida y afrontada de formas muy distintas desde diferentes posiciones sociales, según las características concretas de cada persona. Entre las muchas variables que influyen en esta vivencia diferencial de la soledad, el espacio parece jugar un papel nada desdeñable. El tejido urbano favorece el proceso de individualización, un fenómeno bien conocido y documentado por las ciencias sociales. Pero la ciudad es un espacio lleno de contradicciones y paradojas, las cuales se reflejan en la vida psíquica de sus habitantes. Por eso, la ciudad produce sistemáticamente individuos solitarios, pero también impulsa a esos mismos individuos a expresar su soledad y reconocer en otros su propia experiencia, lo cual termina por hacer germinar formas nuevas y alternativas de socialidad.

El campo, por el contrario, parece producir una forma muy diferente de soledad. El modo de vida rural es más demandante para quienes lo practican, requiere una implicación más completa, una identificación más profunda y unilateral del agente. Algo que parece ser cierto incluso en la actualidad, pese a todos los cambios que el medio rural ha vivido en las últimas décadas. Por eso, los que resisten a la despoblación del campo, un proceso inherente a la modernización social, experimentan una soledad resignada. Asisten impotentes, aunque no sin cierto rencor, al progresivo final de su modo de vida, proceso del que apenas han sido conscientes, pero que intuyen irreversible.

Nuestro planteamiento no permite ir más allá de este punto. Invitamos a otros investigadores a continuar desde aquí, con la esperanza de que nuestras palabras inspiren futuros trabajos, como las de Olivia Laing y Victoria Mendoza inspiraron este artículo. Y, a ser posible, con mayor fortuna.

Referencias

- Barreto, Manuela; Victor, Christina; Hammond, Claudia; Eccles, Alice; Richins, Matt T., y Qualter, Pamela (2021). Loneliness around the world: Age, gender, and cultural differences in loneliness. *Personality and Individual Differences*, 169(1), 109834-42.
- Borys, Shelley, y Perlman, Daniel (1985). Gender differences in loneliness. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 11(1), 63-74.
- Bound Albert, Fay (2018). This “modern epidemic”: Loneliness as an emotion cluster and a neglected subject in the history of emotions. *Emotion Review*, 10(3), 242-54.
- Broncano, Fernando (2020). Naufragios. *El Laberinto de la Identidad* (2/2/2020).
- Cacioppo, John T.; Fowler, James H., y Christakis, Nicholas (2009). Alone in the crowd: The structure and spread of loneliness in a large social network. *Journal of Personality and Social Psychology*, 97(6), 977-91.
- Cacioppo, John T., y Hawkley, Louise C. (2009). Perceived social isolation and cognition. *Trends in Cognitive Sciences*, 13(10), 447-54.
- Cerdá, Paco (2017). *Los Últimos. Voces de la Laponia Española*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Cerrillo Vidal, José Antonio (2009). Cine y experiencia urbana contemporánea. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 43, 1-38.
- Cohen-Mansfield, Jiska; Hazan, Haim; Lerman, Yaffa, y Shalom, Vera (2016). Correlates and predictors of loneliness in older-adults: a review of quantitative results informed by qualitative insights. *International Psychogeriatrics*, 8(4), 557-76.
- Cramer, Kenneth M., y Neyedley, Kimberley A. (1998). Sex differences in loneliness: The role of masculinity and femininity. *Sex Roles*, 38, 645-653.
- Durkheim, Emilie (2001). *La división del trabajo social*. Madrid: AKAL. (Orig., 1893).
- Fokkema, Tineke; De Jong Gierveld, Jenny, y Dykstra, Pearl A. (2011). Cross-national differences in older adult loneliness. *The Journal of Psychology*, 146(1-2), 201-28.
- Gancedo, Emilio (2015). *Palabras mayores. Un viaje por la memoria rural*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Heu, Luzia C.; van Zomeren, Martijn, y Hansen, Nina (2019). Lonely alone or lonely together? A cultural-psychological examination of individualism-collectivism and loneliness in five European countries. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 45(5), 780-793.
- Laing, Olivia (2016). *La ciudad solitaria: Aventuras en el arte de estar solo*. Madrid: Capitán Swing.
- Lasgaard, Mathias; Friis, Karina, y Shevlin, Mark (2016). "Where are all the lonely people?" A population-based study of high-risk groups across the life span. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology*, 51(10), 1373-1384.
- López Andrada, Alejandro (2017). *El viento derruido. La España rural que se desvanece*. Córdoba: Almuzara.
- Losa, Juan (2019). La literatura que resiste en la "España vacía". *Público* (16/03/2019).
- Llamazares, Julio (2013). *La lluvia amarilla*. Barcelona: Planeta.
- Llamazares, Julio (2017). La literatura de la España vacía. *El País* (10/3/2017).
- Martínez Gutiérrez, Enrique (2014). Louis Wirth: comentarios sobre el modo de vida urbano. *Empiria. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, 27, 159-70.
- Mendoza, Virginia (2017). *Quién te cerrará los ojos. Historias de arraigo y soledad en la España rural*. Madrid: Libros del KO.
- Meta, Suketu (2017). *La vida secreta de las ciudades*. Barcelona: Penguin Random House.
- Molino, Sergio del (2016). *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.

- Nicolaisen, Magnhild, y Thorsen, Kirsten (2014). Loneliness among men and women--a five-year follow-up study. *Ageing & Mental Health*, 18(2), 194-206.
- Ozawa-de Silva, Chikako, y Parsons, Michelle (2020). Toward an anthropology of loneliness. *Transcultural Psychiatry*, 57(5), 613-22.
- Pagés, Santi (2020). El cine de la España vacía(da). *Canino* (4/9/2020).
- Rokach; Ami; Orzeck, Tricia; Cripps, Janice; Lackovic-Grgin, Katica, y Penezic, Zvezdan (2001). The effects of culture on the meaning of loneliness. *Social Indicators Research*, 53, 17-31.
- Sennett, Richard (2002). *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Península. (Orig. 1970).
- Simmel, G. (2001). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En *El Individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (pp. 375-99). Barcelona: Península. (Orig. 1903).
- Tigges, Leann M.; Browne, Irene, y Green, Gary P. (1998). Social isolation of the urban poor: Race, class, and neighborhood effects on social resources. *The Sociological Quarterly*, 39(1), 53-77.
- van Staden, Werdie C. W., y Coetzee, Kobus (2010). Conceptual relations between loneliness and culture. *Current Opinion in Psychiatry*, 23(6), 524-9.
- Victor, Christina R., y Yang, Keming (2011). The prevalence of loneliness among adults: A case study of the United Kingdom. *The Journal of Psychology*, 146(1-2), 85-104.
- Weiss, Robert S. (1973). *Loneliness: The experience of emotional and social isolation*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Williams, Raymond (1997). *Solos en la ciudad. La novela inglesa de Dickens a D.H. Lawrence*. Madrid: Debate. (Orig., 1970).
- Williams, Raymond (2001). *El campo y la ciudad*. Barcelona: Paidós. (Orig., 1973).
- Yang, Keming, y Victor, Christina R. (2011). Age and loneliness in 25 European nations. *Ageing & Society*, 31(8), 1368 - 1388.



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciente o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.

